

NO HEMOS SIDO ESCUCHADOS

Homilía en Te Deum Ecuménico de Fiestas Patrias

18 de septiembre de 1979

*(Sólo parte de este texto fue leído,
dadas las tensiones existentes con el Gobierno)*

Una vez más nos reunimos en este Templo que evoca los grandes acontecimientos de nuestra historia en que Chile ha sido representado por todos sus grandes hombres, los Próceres de nuestra Independencia, los Juristas, los Presidentes y todos los hombres que han actuado en la vida pública de Chile; en este Templo en que bajo sus arcadas la comunidad cristiana de Santiago, en representación de Chile entero, ha venido a entregar sus esperanzas, a pedir en sus horas de tristeza o dificultad, a agradecer en los tiempos de alegría y a orar por la patria. En este Templo nos reunimos una vez más en el 18 de septiembre de 1979.

Queremos que nuestra reunión de hoy sea una plegaria dirigida al Altísimo, pidiéndole por nuestra patria, por la paz, por la unidad del pueblo chileno y, al mismo tiempo, una acción de gracias por lo bueno que hemos hecho en este periodo y sobre todo por el sacrificio humilde, por la entrega generosa de muchos cristianos a la causa del bien, de la paz y de la ayuda a los pobres y necesitados de esta tierra. Al mismo tiempo, quisiéramos enunciar muy brevemente los grandes principios que guían a la Iglesia chilena y que deberían ser los programas de acción de todos los cristianos de esta tierra.

El amor a nuestros hermanos, el amor a nuestra tierra, la comprensión para con todos los hombres y nuestra profesión de fe en el Señor, nuestra profesión de amor a Cristo, Dios Hombre, que nos señala la meta, son las estrellas luminosas que nos guían en nuestro acontecer de hoy.

Los Obispos de Chile hace justamente seis años, en una Declaración lamentábamos el desenlace violento que tuvo nuestra crisis institucional, el dolor y la opresión que sentíamos ante la sangre derramada y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos, en esa hora, respeto por los caídos y moderación con los vencidos, y confiábamos en que los adelantos logrados en gobiernos anteriores por la clase obrera y campesina se mantendrían y se acrecentarían hasta llegar a la plena igualdad y participación de todos en la vida nacional.

Solicitábamos a los chilenos la cooperación con quienes asumieron la difícil tarea de restaurar el orden institucional y la vida económica del país. Confiábamos en que la cordura, el patriotismo de los chilenos, la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, las promesas de los nuevos gobernantes nos permitirían ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz.

Durante estos seis años, éste ha sido el ideal de la acción de la Iglesia y de los Obispos de Chile; ha sido el programa que señalamos el 13 de septiembre de 1973. No se pueden comprender nuestra acción, nuestras intervenciones, nuestras declaraciones y nuestras Pastorales, nuestros desvelos y dolores, si no tenemos presente esta Declaración del Episcopado chileno. Ella ha sido causa de no pocas incomprensiones y de no pequeños dolores.

Más de una vez esta Cátedra, y muy claramente el Arzobispo de Santiago, ha manifestado su parecer, ha señalado los caminos para la paz, ha instado y querido que todos, autoridades y pueblo, nos pongamos en marcha generosamente para obtener este hermoso fruto de la convivencia humana que se llama la paz, basada en la justicia, la verdad y la libertad.

Humildemente debemos confesar que no siempre hemos tenido éxito en nuestras peticiones y nuestra voz no ha sido escuchada en muchas oportunidades. Aún más, ha sido motivo de críticas muy acerbas y de incomprensiones muy duras. No creo que sea el caso, en este momento, y dadas las circunstancias que todos conocemos, de volver a repetir los mismos ideales, la misma enunciación de la Doctrina de la Iglesia, que hemos hecho en muchas oportunidades. Todos las conocen. En el mundo entero se sabe cuál es el pensamiento de la Iglesia de Santiago y de la Iglesia de Chile. En este momento nos parece que debemos orar, orar por la paz, orar para que todos los hombres de buena voluntad se unan a la tarea de reconciliación, orar para impedir que la violencia se interponga entre la buena voluntad de todos los chilenos y de los que dirigen nuestra patria para conseguir la paz en nuestra tierra.

En este período, los Obispos de Chile hemos tenido el gran consuelo de que nuestros ideales han sido reconocidos por el Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, y por todos los obispos de Latinoamérica reunidos en Puebla. Ellos han sentido como nosotros y se han expresado con más fuerza de lo que nosotros lo hemos hecho, y nos instan a seguir la labor de reconciliación y de paz, de justicia y de amor en toda nuestra tierra americana. Para nosotros, los católicos, la voz del Santo Padre y de los obispos es sagrada y respetada, no podemos discutirla ni menos no aceptarla; debemos oírla y acatarla humildemente, de todo lo cual resultarán grandes bienes para nuestra tierra.

Por nuestra parte, estamos ciertos de que el camino propuesto para la paz en nuestra tierra es el único que nos dará lo que nosotros deseamos. Los seis años que han transcurrido nos confirman en nuestra certeza y nos estimulan a continuar con humildad y con paciencia nuestra tarea de pacificadores. Creemos que todo esto será para el bien de nuestro país y, asimismo, estimamos que desoír las enseñanzas del Papa y de los obispos de América Latina puede llevarnos a grandes males para nuestra querida patria.

Queremos agradecer y elevar un himno de acción de gracias al Señor por todo lo que hemos podido hacer en bien de tanta gente necesitada y atribulada en estos años. En primer lugar, le agradecemos al Padre de Bondad y Dios nuestro; les agradecemos también muy vivamente a nuestros hermanos de

otros Credos Religiosos que nos han hecho posible esta acción de ayuda y caridad; les agradecemos también a todos los hombres de buena voluntad de nuestra patria que han hecho posible esta tarea de amor y de reconciliación.

Con el Santo Padre Juan Pablo II creemos "que en definitiva la paz interna y externa se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre. Creemos que la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aún más graves violencias de los mismos. Si los derechos humanos – dice el Papa – son violados en tiempos de paz, esto es particularmente doloroso y, desde el punto de vista del progreso, representa un fenómeno incomprensible de la lucha contra el hombre, que no puede concordarse de ningún modo con cualquier programa que se defina humanista".

Al mismo tiempo, con el Santo Padre señalamos "que la violación de los derechos del hombre va acompañada de la violación de los derechos de la nación, con los que el hombre está unido por vínculos orgánicos como una familia más grande"; es decir, estamos convencidos de que la violación de estos derechos viola la seguridad nacional que tanto anhelamos; y por lo mismo, con el Santo Padre declaramos "que el sentido esencial del Estado como una comunidad política consiste en el hecho de que la sociedad y quien la compone, el pueblo, es soberano de la propia suerte. Este sentido no llega a realizarse si en vez del ejercicio del poder mediante la participación moral de la sociedad o del pueblo, asistimos a la imposición del poder por parte de un determinado grupo a todos los demás miembros de esa sociedad. Estas cosas son esenciales en nuestra época en que ha crecido enormemente la conciencia social de los hombres y con ella la necesidad de una correcta participación de los ciudadanos en la vida política de la comunidad".

Por lo mismo, señalamos con el Santo Padre "que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad y, por lo tanto, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo, más que en base al respeto de los derechos objetivos e inviolables del hombre. El bien común al que la autoridad sirve en el Estado, se realiza plenamente sólo cuando todos los ciudadanos están seguros de sus derechos".

Elevamos nuestra acción de gracias al Señor de la Historia, a nuestro Dios, porque hemos podido sufrir por la defensa de estos dos grandes ideales, sin enconos para con nadie. Pedimos al Señor, que todos nosotros, cumpliendo con la voluntad del Santo Padre, nos convirtamos. Tenemos necesidad de una conversión, de otra manera jamás podremos realizar los grandes ideales que nosotros representamos. "No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica -dice el Santo Padre- si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones. La tarea requiere el compromiso de hombres y de pueblos libres y solidarios. Demasiado frecuentemente se confunde la libertad con el instinto del interés -individual o colectivo- o incluso con el instinto de lucha y de dominio, cualesquiera que sean los colores ideológicos que revisten. Pero una cosa es cierta: en la base de este gigantesco campo hay que establecer, aceptar y profundizar el sentido de la responsabilidad moral que debe asumir el hombre. Una vez más y siempre el hombre. Este sentido moral, para todos

nosotros, se llama conversión".

Los obispos en Puebla hemos afirmado las mismas doctrinas que el Santo Padre ha proclamado y hemos dicho que en América Latina todas las Iglesias, todos los Episcopados, tienen que tener una opción preferente por los pobres. Esta opción "es urgida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos que existen en América Latina y deben llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre. El cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas no será verdadero y pleno si no va acompañado por el cambio de mentalidad personal y colectiva respecto al ideal de una vida humana digna y feliz que a su vez dispone a la conversión". No será efectivo -decimos nosotros- si no se oye la voz de Cristo el Señor.

Queridos amigos: hemos oído las palabras del Papa, las palabras de los obispos de América Latina. Hoy imploramos al Señor para que su bendición y su gracia nos acompañen; hagan posible que en nuestra tierra estas verdades guíen a nuestro pueblo, a nuestros gobernantes, a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad que viven en nuestra patria. Deseamos terminar con las palabras de los Obispos de Chile de hace seis años:

"Confiamos en la cordura y patriotismo de los chilenos, en la tradición democrática de las Fuerzas Armadas, en la promesa de los integrantes de la Junta que nos permitirán ver volver muy luego la normalidad institucional para reiniciar un camino de progreso y de paz".

A la Virgen del Carmen, Madre de Chile, le pedimos haga realidad este gran anhelo de los obispos de esta tierra.

Así sea.

Santiago, 18 de septiembre de 1979